

mujeres veladas al lado de lentas caravanas de camellos que vienen del desierto.

La quinta del gobernador está blanqueada con cal, sin ventanas, en forma de torre, como todas las casas verdaderamente moriscas. Está situada en medio de un jardín perfectamente conservado, lleno de las más raras plantas y de las más bellas flores. Gózase desde él de la vista encantadora de las verdes pendientes que descienden al mar, y por intervalos regulares se recibe el fresco aliento de la brisa marítima. Para abrazar con la mirada este cuadro, debe uno colocarse en una galería formada por columnas ligeras, cerrada por una verja, y de la cual brota una fuente.

Sobre esta galería se abre un gabinete encantador. Es una pieza maravillosamente decorada, un poco elevada sobre el nivel del piso según la costumbre oriental, y guarnecida de suaves divanes y magníficos tapices. Una cúpula, engalanada de arabescos, deja pasar la luz por vidrios de colores, y de ella cuelgan los huevos de avestruz elegantemente pintados, preservativo del Oriente contra el *mal ojo*. Este gabinete, resplandeciente de colores, enriquecido de artesonados y obras labradas, es lo que los árabes llaman un Marabout: es la sala de aparatos de sus casas, el trono del dueño, la muestra de sus riquezas. Allí es donde el moro, mecido por la brisa del mar, rodeado del murmullo de los saltos de agua, respirando los perfumes del jazmín y de las rosas, saborea su tacita de café negro, fumando la pipa.

El general nos esperaba bajo un abrigo de follaje delante de la puerta de su casa. Su recibimiento fué de los más amables. Nos condujo a su poético Marabout, en donde hubo de empeñarse una conversación cordial, durante la cual nos hizo servir frutas del país con champaña deliciosamente fresca: al mismo tiempo una música militar dispuesta en el jardín halagaba nuestro oído. Este bonito jardín, cubierto de las más variadas plantas del Mediodía, estaba todavía fresco y verde, a pesar de los ardores del mes de Julio. Un pequeño parque encierra gacelas arrancadas a su patria que está en la pendiente opuesta del Atlas. El poseedor de estos graciosos animales los alimenta con flores: ¿cómo figurarse un alimento más agradable y poético?

Del Marabout nos dirigimos a la *Kasba*, ciudadela ó capitolio de Argel. Allí es donde residían los Deys, los rapaces potentados de otro tiempo. Hoy es una prisión ó un cuartel. Se compone de una aglomeración de construcciones fortificadas, que se levantan en la cumbre de la colina cubierta por la ciudad. Además de las habitaciones del antiguo soberano en las que solo quedan, por todo vestigio de su esplendor pasado, algunos artesonados pintados, hay allí una mezquita, baños, cisternas y terrados, y agrupado todo esto en una confusión oriental alrededor de la *Kasba*, forma un conjunto muy original y muy poético. Estos lugares los ocupan hoy las tropas, es decir, los *zuavos*, soldados franceses en traje oriental, de turbante azul claro, de chaqueta azul subido, con faja arrollada en la cintura, pantalón encarnado y polainas: este traje tiene una vista bastante graciosa; pero cuadra mal con el carácter del francés y su lengua de salón.

El calor terrible del clima no permite, sin embargo, un uniforme militar muy ajustado. Tal vez sería a propósito el hacer adoptar a todas las tropas este vestido oriental, más cómodo y nacido de la condición misma del país. La infantería francesa se compone en general de hombres pequeños; usa capote azul, el inevitable pantalón colorado con pliegues derechos, y el correaje blanco. Comparte con todo el ejército de África la corbata azul claro y el kepi bordado, guarnecido de ancha visera de cuero un poco levantada. La caballería regular tiene un uniforme análogo, con pantalón guarnecido de cuero y largo sable, que arrastra por las calles. La legión extranjera se distingue por la capota verde oscuro y el correaje negro. Sirve de pasto a la malignidad del clima, y la arrojan a los beduinos como un bocado resistente que más de una vez les ha causado indigestión mortal. La mejor tropa es la de los *spahis* a caballo. Fuera de los oficiales y de los sargentos, se compone exclusivamente de indígenas. Los *spahis* usan el vestido blanco de los beduinos, turbante cerrado con una cuerda de pelos de camello, un albornoz blanco y uno rojo, altas botas de cuero colorado con grandes y puntiagudos acicates; sable y fusil largo como sus insumisos hermanos. Sus oficiales tienen el vestido europeo; pantalón colorado, chaqueta azul clara con alamares negros, al modo de los húsares, con sable ó espada larga y el eterno kepi rojo.



La Kasba presentaba por doquier la imágen de una confusion y una suciedad espléndidas. Uno de los lugares mas interesantes es el *Marabout* del infortunado dey. Allí es donde en un acceso de cólera le pegó al Cónsul frances con su abanico. A este capricho de déspota debe la Francia la conquista de Argel, pero tambien la pérdida de tantos millares de vidas humanas y de tantos millones de francos. Es la Argelia para la Francia una especie de úlcera, que le extrae la mala sangre; pero al mismo tiempo hace correr la buena. Hasta hoy es una posesion incierta, pero es tambien un teatro para la bravura francesa, y para las teorías que no han pasado todavía por el tamiz de la experiencia.

De lo alto de la Kasba la vista es mas interesante que hermosa. Descúbrese a sus piés el hacinamiento de las casas, y la mirada se extiende de azotea en azotea: allí es donde al ponerse el sol se desarrolla la existencia misteriosa de los moros, desde la cumbre de la ciudad hasta el puerto y las olas azules del mar. Si pudiesen levantarse aquellos techos de azotea, podria escribirse un libro sobre la vida interior que abrigan.

Entre los edificios de la ciudad visitamos la mezquita situada en el camino tortuoso que conduce del puerto a la Plaza mayor. Nada de particular ofrece; en su simplicidad y desnudez se asemeja a las mezquitas del Asia menor. Antes de entrar tuvimos que dejar nuestro calzado cerca de las fuentes destinadas para las abluciones. Algunos moros recitaban en aquel momento su oracion del medio dia, es decir, que se prosternaban haciendo mil gestos diversos, golpeando la tierra repetidas veces con la frente é incorporándose súbitamente. Volvian a empezar este ejercicio en tres diferentes puntos del templo, é ibanse acercando de esta manera al lugar donde está colgada la imágen de la Meca, en la direccion de esta ciudad, a lo largo de un nicho cerrado con cortinas. Cerca de este nicho hay un cuartito de madera en forma de púlpito pintado de diversos colores, y cubierto con un techo alto y puntiagudo, subiéndose a este púlpito por una escalera descubierta. En él es donde el Iman hace la lectura del Coran. Detrás de la mezquita se extiende una azotea para descansar despues de la oracion: aun habia creyentes acostados sobre el parapeto, con los ojos vueltos hácia el extenso mar dorado por los rayos del sol. Experimentáse

cierta impresion edificante, cuando al salir de la casa de Dios se descubren los esplendores de la creacion: es un comentario de la oracion apénas terminada, y el alma purificada se halla entónces en la disposicion mas feliz para recibir aquellas impresiones llenas de consuelo y esperanza.

Por la tarde nos paseamos en el *Jardin de Marengo*. Llámase así una bonita plantacion conservada con esmero al pié de la cadena de colinas de Argel, a la entrada misma de la ciudad: es el lugar de reunion del mundo de moda, que se pasea en elegantes trajes parisienses entre las palmeras y laureles-rosas al ruido de las armas de porcion de soldados. Asientos de alquiler permiten sentarse a la sombra de árboles exóticos.

Pero ¿por qué hay una columna conmemorativa de Marengo con el águila imperial y toda la letanía de las victorias del grande emperador, en un jardin que sirve á lo sumo de campo de batalla a la coquetería francesa y que fué arrancado al dey por los borbones, lo mismo que toda la Argelia? ¿Por qué, sino porque el grande emperador era tio de su sobrino,—de un sobrino que para salvar a la Francia, no pone en obra el genio de la guerra que habia recibido de su tio, sino que en toda ocasion dá prueba del espíritu poderoso de un hombre del estado—nacido para dominar su siglo?

20 de Julio de 1852.

Esta mañana nos pusimos en pié desde las cuatro para hacer una excursion al interior del país. Partimos en dos ligeros vehiculos. Desde el establecimiento de las vías carreteras, este medio de transporte ha sustituido al animal reflexivo que los árabes llaman el *barco del desierto*, ó al asno paciente y flemático.

Argel estaba todavía sumergido en un profundo sueño. Los camellos abandonados al favor de Dios, reposaban a la entrada de las calles principales, al lado de pequeñas tiendas que los hijos del desierto habian armado cerca de las casas parisienses. Aun no amanecia del todo: fresca brisa del mar se unia a la expresion serena y fortificante del alba matutina, y con espíritu alegre pasamos por delante del *Marabout* para subir la cadena de colinas



cerca de la que Argel se extiende con sus quintas y jardines. Dijimos adios a la ciudad y a sus pintorescos alrededores, y nos lanzamos al través del vasto llano de Blidah.

Esta llanura está cubierta de humildes bosquecillos de mirtos, que sirven de guaridas a los jabalíes, y también a algunos leones ó a algunas panteras, pero más comunmente a las hienas. Sembrada de aldeas que la mano diligente del colono ha rodeado de campos cultivados, llega hasta el pié del pequeño Atlas. La seguridad de este inmenso y ardiente llano, es el primer triunfo obtenido por el gobierno francés. Diez años hace que, gracias a los feroces beduinos, nadie podía aventurarse hasta Blidah sin una buena escolta.

Cuando se atraviesa el país, recuerda uno a cada instante los cuadros del gran pintor Horacio Vernet. En aquel suelo unido, amarillento, incendiado por los rayos del sol; en aquel país cubierto de malezas, sobre el cual se extiende el azulado firmamento, saturado de rayos de luz, se ve pasar al negro beduino envuelto en blancas telas, conduciendo con lentitud sus camellos cargados; se reconoce a la mujer árabe de flexible talle, que con el cántaro de barro sobre el hombro, camina con paso firme y ligero. Espérase, pero en vano, que el terrible rey del desierto, con súbito rugido, se lance del seno de las malezas en poderoso salto, y se muestre a las miradas en su verdadera figura, en su libertad y sus fuerzas primitivas.

Apénas se han dejado atrás las calles de Argel, y ya se ve uno, no sin cierta satisfaccion misteriosa, en el seno de la ardiente y poética África. La civilizacion insulsa y monótona, no hace más que atravesarla siguiendo el camino real, bajo la figura de un pilluelo de París harapiento, que hace el fanfarrón y canta la *Marsellesa*. Las estacas de la civilizacion moderna, en este camino militar, son barracas aisladas, construidas de ladrillo y madera, medio arruinadas: hay en ellas muestras gigantescas que invitan al pasante para que éntre a refrescarse con un vaso de aguardiente. Las habitan con sus familias miserables colonos de blusa, en medio del más horroroso desorden: estos desgraciados tienen un poco de todo lo que es necesario para la vida y nada en cantidad suficiente. Más allá son grupos de casas, en cuya comparacion, una

aldea de Hungría sería por su aspecto una residencia de príncipes. Pero hay en ellos un café y un billar, y nombres de calles y de plazas muy ambiciosos. Proclamas del alcalde pegadas a los muros de las barracas, y redactadas en estilo ciceroniano, invitan cortesmente a los ciudadanos a cuidar de la tranquilidad y a vivir en concordia fraternal con los *decembristas* recientemente *exportados* ó *importados*. Échase una ojeada de lástima y de duda sobre esta colonizacion francesa, y el corazón del espectador dirige su interés a las salvajes y poéticas tribus de los beduinos. Todo en estas aldeas está construido provisionalmente y de prisa; la empresa no tiene raíces, y se ve en todas partes que se asiste a un ensayo. Solo hay de bueno los excelentes caminos construidos por los franceses, que pueden llegar a ser, si saben servirse de ellos, verdaderas arterias del país.

Orgullosos se muestran los franceses con estos caminos, y creen que con sus trabajos se han igualado a los romanos en la colonizacion; pero los romanos eran hombres de hierro, y no tenían como los franceses champaña en las venas. Bajo este punto de vista los ingleses se asemejan más a los romanos: se entregan a la obra de la colonizacion con método, y construyen sobre cimientos sólidos. El francés que se ha mostrado aquí audaz conquistador, quisiera también probar sus talentos para conservar y acrecentar lo que ha adquirido. El alemán es buen colono; pero si es capaz de fundar una colonia con el sudor de su frente, no sabe gobernarla como el inglés, que posee en mayor grado que él la conciencia de su individualidad.

Nuestro primer encuentro interesante, fué el de un gran número de cigüeñas que paradas sobre un pié, graves como viejos zorros, gozaban todavía del pacífico sueño de la mañana en medio de la verde llanura. Como verdaderos viajeros, no desdeñamos el dejar nuestros coches para acercarnos lo más posible a estos flemáticos gotosos. Quién sabe cuántos de nuestros antiguos conocidos halláramos allí. Cierta día, en un viaje que hice a Praga, ví en Moravia una bandada de cigüeñas que volaban en línea sobre nuestro wagon: acaso serían las mismas que molestamos en su sueño en el llano de Bladah.

Desgraciadamente no tuvimos en nuestro viaje la satisfaccion de



divisar ni un solo bandolero de cuatro patas. Sin embargo, nuestros pretensiosos franceses cuentan mucho de leones y panteras, y si hubiésemos de creer a estos nuevos Hércules, fácilmente los cogieran en brazos para regalarlos al jardín de plantas ú ofrecer su carne a sus oficiales que no han tenido embarazo en contármelo por sí mismos en Blidah. Estas gentes comen y estiman hasta la carne de las hienas y de otras bestias inmundas. ¡Buen apetito, señores!

A medio camino de Blidah nos detuvimos en una aldea poco mas considerable, pero que gracias a la precipitacion de los trabajos de construccion, se arruina a medida que se levanta. Las casas modernas, construidas sobre el modelo de las grandes ciudades, no causan efecto en medio de este cortejo africano. Cuadran lo mas mal posible los edificios aislados y este clima abrasador cuya violencia empezábamos a sentir.

Nuestros caballos bebieron en la puerta de un elegante *restaurant*, cuya sala de honor decoraban las hazañas de Napoleon I. Esperábanos una escolta para acompañarnos hasta Blidah, mas la dejamos atrás con las mas expresivas gracias.

Llegamos a esta pequeña ciudad a eso de las once de la mañana. Está situada en la cercanía de las montañas, y sus edificios son medio moriscos y medio franceses. Los franceses han dotado a Blidah de un cuartel; los moros de un sepulcro construido bajo magníficos árboles: es el de un santo *Marabout* como llaman a los descendientes del Profeta.

Tiene el mando de la division de Blidah el general C\*\*\*, hombre de estatura colosal, de exterior muy ordinario, pero de inteligencia sana y juiciosa. Nos recibió en su casa con los oficiales de su estado mayor. Su habitacion es un edificio morisco bastante bajo y encalado. Nos invitó a almorzar, lo que aceptamos con reconocimiento. C\*\*\* está instalado en su casa como en un campamento, ó mas bien dicho, no vive en ella. Su verdadero salon es una fresca enramada a la sombra de árboles verdes, regada por las ondas murmurantes de un límpido arroyo.

Compúsose el almuerzo de un número considerable de platos que desgraciadamente no valian gran cosa, y de frutas en abundancia. Asistí allí a lo que hay de mas grosero en materia de escenas mi-

litares: ciertamente no hacia honor al buen vivir de los franceses, que se vanaglorian tanto de sus buenos modales. El tono dominante fué el de la fanfarronería. Los oficiales contaban sus proezas y sus historias increíbles. C\*\*\* regañaba a sus criados, y estos servian en mangas de camisa de color: los tapones de Champaña volaban sobre nuestras cabezas.

La reunion era abigarrada como en el campo Wallenstein. Entre otras caras singulares, hallamos allí a un oficial que hablaba aleman, el coronel L\*\*\*, pariente de nuestro general del mismo nombre. Manda los Spahis de la division, y por este motivo vestia chaqueta azul con alamares negros, y pantalon colorado de pliegues: este uniforme casaba a las mil maravillas con su barba teñida y su cara pintada. Es un *hermoso* (*beau*) de pelo entrecano, un hombre lleno de pretensiones militares, una especie de aventurero elegante, del gremio de los espadachines. No me gustan estos corredores de aventuras, que venden su vida inútil y frívola, y arrastran su existencia de un dia para otro. Debe uno dar su fortuna y su sangre cuando sea necesario; pero vagamundear con las armas en la mano sin objeto noble y elevado, es una vida que me parece odiosa; lo declaro con el sentimiento íntimo de mi corazón. Siempre me siento molesto en una sociedad como aquella en que me encontraba, sociedad que solo tiene desprecio para toda vida simple y honrada; y nunca he sufrido tan fuertemente como hoy esta impresion de tortura.

Un Fénélon, tambien oficial superior en los Spahis, y sobrino nieto del famoso prelado, hablaba igualmente nuestra lengua materna con bastante facilidad. Es moda que no data de léjos, pues empezó en el reinado de Luis Felipe. El oficial nos contó que habia domesticado un leon de Argelia como a un perro, conservándolo largo tiempo cerca de sí, hasta que al fin lo regaló al *Jardin de plantas*. Mucho tiempo despues, en un viaje a Paris, fué a visitar a su pupilo, y vió que el leon lo reconocia; entónces con grande admiracion, con gran terror y pasmo de las elegantes parisienses, el audaz descendiente del grande arzobispo entró en la jaula, y como el domador Van-Acken se puso a jugar con el hijo del desierto que saltaba de contento. No he asistido yo a esta escena; sin embargo, esos señores me aseguraron que no era raro ver en



el país de estos animales feroces completamente domesticados, y que dos ó tres dias ántes habia pasado un Marabout por Blidah con un leon que andaba libre. ¿Qué medio emplean los Marabouts para domesticar y hacer inofensivas a estas fieras? Es lo que se ignora; solo parece que, durante esta operacion, deben tener los ojos apagados y caminar y andar como hombres ébrios.

Debo citar además, entre los convidados del general C\*\*\*, al comandante del destacamento de la legion extranjera, que era un Corfiota, pálido, de pelo rojo, tipo acabado del *condottiere*, pero del *condottiere* que hace hablar de sí por su humor decidido y por su bravura. Su padre era uno de los Palicares que se distinguieron en la guerra de la independencia helénica; y de él heredó la sangre hirviente y generosa que forma al verdadero soldado. Como el oficio de la guerra estaba paralizado en su patria, tomó su camino por el mundo, y se enganchó bajo los pliegues del pabellon tricolor contra las razas libres del África. Tiene el ojo de fuego, astuto y móvil del griego; pero en la escuela de los franceses, su lengua se ha acostumbrado a cantar el himno de su propia gloria. No pudiendo el rey Oton recompensar ya la bravura del padre, ha condecorado el pecho del hijo con la orden *del Salvador*.

Después del almuerzo, que se prolongó mucho tiempo, fumamos todavía el tabaco a la fresca sombra del follaje, cerca del arrollo murmurador. El colosal oficial hizo el elogio de los monasterios de Argelia. Extendióse largamente sobre los servicios que prestan los religiosos, ya en la educacion, ya en la asistencia de los enfermos, ya en el progreso del cultivo, y llegó hasta hablar bien de los jesuitas. No es en los salones donde la religion obtiene sus triunfos, sino doquier se necesite de un espíritu de sacrificio mas elevado: cuando la fuerza de las armas no basta, se ve prácticamente lo que puede esperarse de aquella. Admirase entónces a los hombres que dan sus vidas por la propagacion del cristianismo y de las virtudes que lo acompañan.

El sol estaba en el zenit cuando nos separamos de Blidah para penetrar en el Atlas con una escolta de Spahis. El calor era devorador. El oficial que mandaba la escolta fué atacado de calambres en el estómago: el oficial de alojamientos, frances *beduinizado*, de cara cubierta de hermosa barba rubia, dió violentamente contra el

pomo de su alta silla oriental, y cayó enfermo: yo mismo me sentí incomodado por dolores de estómago. Los rayos del sol de África, ó quizá el almuerzo, ejercian en nosotros una influencia maléfica.

Sin embargo, era *Medeah* la palabra de reconocimiento, y la de orden *Yusuf*. Trátase del famoso *Yusuf*, tan agradablemente dibujado en su vida de amor y de combates por el espiritual Pückler, y es el mismo que manda hoy como general en *Medeah*. Dejamos, pues, a nuestros cansados franceses al cuidado de un pueblo de colonos y continuamos nuestro camino escoltados por un enjambre de beduinos sometidos al gobierno. Son estos hombres, morenos, de cara de tigre, que parecen vaciados en bronce: figura larga y ovalada, ojos chispeantes, frente estrecha y prominente, nariz fina y noble, y dientes grandes perfectamente blancos. Soportan las fatigas de un modo increíble. Revoloteaban al rededor de nuestros coches en corceles árabes de formas desarrolladas y ligeras, y sus albornoces flotantes sobre sus brazos morenos y nervudos, no ménos que sus brillantes armas, formaban un cuadro de los mas pintorescos.

Al pié del Atlas, en el ancho lecho de un riachuelo embellecido por bosques de laurel-rosa en flor, muy cerca de nosotros, habia una bandada inmóvil de magníficos gipaetos africanos; pájaros gigantescos que parecian dormir su siesta, y se elevaron majestuosamente en el aire, cuando estuvimos bastante cerca para ser peligrosos. Los vimos por largo tiempo todavía cernirse sobre nuestras cabezas en el azul oscuro del firmamento. Los monos que habitan una montaña del desfiladero de Schiffa, en donde empezábamos a empeñarnos, se mostraron ménos sociables: ni uno de ellos consintió en dejarse ver.

El camino, hábilmente trazado y perfectamente construido, serpentea a traves del pequeño Atlas, y pasa por las gargantas de la Schiffa. Representase uno aquellas gargantas lo mismo que toda el África, como un país árido y desnudo, semejante a un desierto. Se figura uno que es una vasta llanura de arena con algunas palmeras aisladas y sedientas que se elevan en el éter abrasador, y cuya avarienta sombra abriga beduinos armados de largo fusil explorando con la mirada el desierto. No es así: el Atlas está cubierto de verdor fresco y lozano como los Alpes; robles majestuosos y mil especies de arbustos y breñales adornan sus románticas



rocas; numerosas cascadas rodeadas de la vegetacion magnifica del helecho, refrescan con su rocío aquel pintoresco desfiladero. El África es un continente rico y fértil: por doquier los viajeros descubren nuevos tesoros naturales para un porvenir que debe ser mas brillante que el presente; por doquier se encuentran aguas y tierras cultivables; y el gran desierto, el monstruoso Sahara, no está tan cerca como la geografia de peluca nos lo enseña. Bien al contrario, óyese hablar de grandes ciudades como Tombuctú, y solo de algunos desiertos aislados, que no ocupan todo aquel inmenso llano que estorba tanto en el mapa, y que no es mas que una capa cómoda para la ignorancia. El África es una tierra inculta a la que faltan brazos, pero no capacidad para producir. Aquellos desfiladeros con sus aguas claras é hirvientes, con sus bosques de lujosa verdura son tan hermosos, que en medio de ellos se creeria uno trasportado a Estiria, si la ilusion no se disipase instantáneamente con la aparicion de un beduino. Despues de haber rodeado largo tiempo las rocas y de pasar varias veces la corriente de agua, se llega a una region montañosa mas alta y mas descubierta, que recuerda nuestros Alpes. Allí nos dieron caballos del tren de artillería. Numerosos ginetes, entre los cuales se distinguian los chaiques, por sus capas escarlatas, sus bordados de oro y la riqueza de sus armas, se lanzaron por delante de nosotros, y nos formaron una escolta mas numerosa y brillante. En la altura se presentaron algunas tribus de beduinos a pié con banderas, unas amarillas y las otras amarillas y verdes. Descargaron sus largos mosquetes como en un combate de guerrillas, dando un grito gutural que les es particular, y que producen hiriendo rápidamente con la mano en el hueco de la boca.

Yusuf, como verdadero hijo del Oriente, habia puesto en movimiento todo el país que le está sometido, para hacernos un recibimiento de príncipes. Aquellas tropas guerreras, dispuestas en las alturas cubiertas de arboledas é inundadas por el sol; los escuadrones de relucientes ginetes; la magnificencia desplegada por los beduinos nómades, todo esto reunido formaba un cuadro de incomparable belleza. Pero cerca del orgullo está siempre el precipicio. Nuestros vigorosos caballos de artillería, espantados por las salvas de la mosquetería de las tribus de la montaña, casi se

habian desbocado, y habriamos preferido ver a la poblacion un poco menos entusiasta.

Despues de haber tocado á un pequeño campamento de beduinos alcanzamos la cumbre del camino. Allí, en una nube de polvo atravesada por los rayos del sol, se adelantó a nuestro encuentro, seguido de numerosa y brillante escolta, un general montado en caballo árabe de raza pura. Llevaba el sombrero de picos y la placa estrellada: era Yusuf. Por fin me veía en presencia de la única figura verdaderamente caballeresca de toda Argelia. La comitiva hizo alto: me presentaron un soberbio caballo entero, blanco, magníficamente enjaezado y continuamos hácia Medeah.

Dirigiéndome a Yusuf le aseguré que su nombre y su brillante reputacion militar me eran bien conocidos. Me permití nombrar a Pückler. «*No se escribe todo lo que se cuenta,*» respondió con finura el hijo del Sur. «*El príncipe Pückler,* añadió con una sonrisa de satisfaccion maliciosa, *me ha perjudicado con su obra:*» por lo demás, confirmó las relaciones de Pückler. Invito, pues, a los que quieran conocer la vida del general, a que lean el penúltimo viaje de *Semilasso*, y estoy seguro de que me envidiarán la dicha de haber visto en persona al héroe de esas nobles aventuras de gloria y de amor. Solo me permitiré añadir algunos rasgos para completar la relacion.

Cuando Pückler conoció a Yusuf, era éste todavía bey de Bona y comandante de los Spahis que se componian entónces exclusivamente de árabes; pero especialmente todavía era musulman: por lo tanto, usaba el magnífico vestido oriental, amplio y cargado de prendería. Para hacerse popular en la ciudad cuyo mando tenia, se habia casado con la hija de un dueño de café, musulman rico y considerado. Nadie veía entónces en Yusuf, mas que a un leal y valiente mahometano al servicio de la Francia; él servia con gran celo al país que lo habia recibido en las filas de su ejército despues de su fuga de Túnes. El ardoroso amante de la desdichada hija del bey, adquirió pronto gloria y honores. Pero en su calidad de musulman era siempre un extranjero al servicio de Francia. Para abrirse mas amplia carrera, le era necesario ántes que todo hacerse francés. Su mujer murió a la sazón: su fogoso corazon se enamoró de la hija del proveedor general del ejército